

Chileno en California

Texto y fotos de Patricio Rojas

En el límite entre California y Nevada hay un casino equitativamente llamado el CalNeva. Como Nevada es el único Estado norteamericano que permite los juegos de azar (en Nevada está Las Vegas), en el interior del casino la frontera es inconfundible; en un lado están el bar y el restaurante, en el otro, las máquinas de jugar y las mesas de póker y ruleta. Yo inmediatamente me fui a lo más fácil y económico; las máquinas de póker de cinco centavos. Empecé jugando racionalmente apostando una sola moneda y pensando bien cada jugada. Pero al poco rato me dejé hipnotizar por el naípe electrónico de la máquina y por los brebajes tropicales de la camarera sonriente, y me puse a apostar dólares como si fueran liras. Por suerte se me acabaron las monedas, y al ir a pulsar el botón para que me trajeran más, recobré el juicio. Decepcionado y pobre, le ofrecí la máquina a mi mujer. Ella al principio no quiso, ya que no es muy amiga ni del póker ni de las camareras sonrientes, pero después decidió que al fin y al cabo no le podía ir peor que a mí. Se sentó, puso su moneda y la máquina le dio el diez, jack, rey y as de corazones. Sin mucha confianza, le pidió a la máquina una carta más. Cuando apareció la reina de corazones, y la pantalla comenzó a brillar con la escala real completa, tardamos unos segundos en permitirnos creer que era verdad. Pero toda duda se desvaneció cuando la máquina se puso a tocar una sirena fuertísima, y prendió un enorme foco rojo y blanco que al dar vueltas le daba al casino entero un aspecto de incendio o golpe de estado. Todo el mundo miraba y felicitaba a mi mujer, mientras el gerente del lugar se acercaba rápidamente, billetera en mano. Nosotros contamos los billetes verdes recién recibidos y abandonamos rápidamente el casino, felices de que sus ganancias hubiesen alcanzado a compensar casi todas mis pérdidas. Como nos sentíamos suertudos, del casino nos fuimos al aserradero Sutter, en cuyo arroyuelo se encontró la pepita que inició la fiebre del oro en California. El aserradero queda en la carretera número 49, llamada así en honor a 1849, el año del hallazgo. Pero más que su valor histórico, lo hermoso es el camino mismo; va subiendo y bajando los cerros de la Sierra Nevada, en un culebreo rodeado de pinos, robles y eucaliptos. Al llegar a la cima de cada cerro se ven las montañas nevadas a lo lejos y los ríos abajo, que como buenos ríos cordilleranos tienen más cauce que agua. De vez en cuando, entre un cerro y otro, hay viaductos que parecen inmensas telarañas de acero. Cuesta imaginarse que hace unos ciento cincuenta años había mineros por todas partes, cortando árboles, dinamitando cerros e intentando cambiar el curso de los ríos. Vi, a propósito, varias referencias a la inmigración chilena. Nuestra contribución más importante parece haber sido un instrumento dotado de un eje de madera y dos inmensas ruedas de piedra, que se usaba para triturar la roca y, con suerte, extraer el oro. El nombre de la máquina era el "Chile mill" (molino de Chile) y hasta hace poco la exhibían en el patio del aserradero. Pero oí rumores de que la



• El Molino de Chile, testimonio de la presencia de nuestro país durante la fiebre del oro, cuando Pérez Rosales se refería a esos Chilenos en California.



• En Aserradero de Sutter, pieza arqueológica industrial que resta del imperio agrícola y ganadero que el suizo quiso establecer en California y que fue barrido por la misma fiebre del oro.



• Un típico carrito automóvil para jugadores de golf, con sus pistas y señalización propias. Forman verdaderos enjambres en las ciudades y vecindarios californianos.

compañía de seguros había amenazado con subir los precios de la póliza por el riesgo de que una de las ruedas de piedra se separara del eje y aplastara a algún turista desafortunado. El condado de El Dorado (que administra el aserradero) optó por la viabilidad económica y ordenó desarmar el aparato. Ahora las dos ruedas de piedra yacen ignominiosamente horizontales en el

suelo, detrás de un pequeño cartel explicativo. De Joaquín Murieta, por cierto, tampoco queda nada en pie. La vivienda es tan cara en las ciudades de la costa californiana, que mucha gente al jubilar vende su casa en Los Angeles o San Francisco y se va al interior del Estado. Allá se compran una casa más grande y nueva que la anterior, y con lo que les sobra se regalan un carrito de

golf, una lancha para el lago, y mesas nuevas para jugar bridge. Todo esto nos contaba don Everett Keith, un exconstructor que vive en una urbanización de jubilados pudientes que descubrimos en la carretera 49. Como la urbanización es recinto privado, no nos querían dejar entrar, pero al explicar que yo publicaba apuntes de viaje en el país donde se inventó el "Chile mill", nos abrieron la reja de par en par. No porque nos creyeran, sino porque a don Everett, que en ese momento conversaba con el guardia, le gustan las explicaciones inverosímiles. Además porque le daba una excusa para recorrer su barrio con gente nueva y ejercer su profesión favorita de guía amateur. Lo primero que nos mostró en nuestra gira fue un garaje último modelo; tenía tres puertas, dos de tamaño normal para auto y la lancha, y otra más angosta para el carrito de golf. La pasión por el golf ha hecho que los problemas de tráfico no se deban a la cantidad de autos en camino a la oficina, sino al atochamiento de carritos cerca de la cancha. Para evitar accidentes, han instalado los "cruces de carritos de golf", cuyos letreros tallados a mano (hay tiempo para tallar) se ven por todas partes. Me preguntó don Everett si en Chile habían muchas canchas de golf. Yo le dije que habían menos que en California, pero que por el precio de su antigua casa en San Francisco se las podía comprar todas.